

Mesa Redonda "Sexualidad y perversión en la adolescencia"

Revista Controversias y Departamento de Niñez y Adolescencia

12 de noviembre de 2008

Carlos Barredo

Voy a contar un poco qué me parece que es la perversión, qué dificultad, qué especie de contradicción tiene con la experiencia analítica la perversión por la cual -me da la impresión- vemos pocos perversos en análisis y algo acerca del fenómeno *queer* que aparece en la última pregunta.

Veamos qué pasa cuando hay un perverso en análisis, o por lo menos cuando consulta; éste es un caso que escuché en el Congreso de Berlín. Era un caso de bestialismo donde aparecía entre los que escuchábamos una suerte de fascinación en el relato, a raíz de cosas sorprendidas por ejemplo que los bestialistas tienen una comunidad por Internet, donde hay granjas donde pueden ir para... entretenerse. En una entrevista familiar el muchacho que tenía el problema -llamémoslo así- está decidido a comunicarle a la familia sus inclinaciones, y entonces en medio de la entrevista familiar él confiesa que ha tenido un acercamiento amoroso con una de las yeguas que tiene la familia en la quinta. Y el padre le dice: "¿Pero cómo?", y el chico le dice: "Y... me subí a un banquito". Lo cual muestra algo de lo que quiero contar de la estructura perversa que es en el cómo, es decir en lo que uno concibe como la imposibilidad de ese lazo, para el perverso lo que hay es una especie de pericia acerca de cómo "saber hacer" con el cuerpo, y que eso hace muy difícil alguna posible comunidad con el análisis.

El punto de partida es qué entendemos por perversión, no sólo en la adolescencia sino qué entendemos por estructura perversa, y en particular me interesa partir de esta cuestión de qué es la sexuación en los humanos, esto es en los seres hablantes. La manera en la que acceden a una posición sexuada como varón o como mujer por medio de la inclusión en un orden de relaciones que implica el lenguaje -esto es algo de lo que Mario Waserman tradujo como el

Edipo- y los efectos que la inclusión en ese orden provoca, es decir el sacrificio, algo del orden de la castración.

A este orden son llamados los hablantes, somos llamados en el sentido de que hay allí una "invocación" para despertar una vocación por la posición sexuada que vamos a asumir, la invocación está presente en el discurso parental que les atribuye necesariamente a los humanos alguna forma de sexuación, incluso antes de que nazcan. Atribuye, quiere decir: formula atributos, predica acerca de ellos; y que predica acerca de ellos más allá de los enunciados manifiestos, incluso cuando se ensueña cuál va a ser el hijo uno ni siquiera sabe qué es lo que está atribuyendo allí.

El sujeto no se reconoce como ser hablante sino al incluirse en ese orden, rechazando la distinción con que se lo invoca por toda clase de identificaciones. Las identificaciones son esas respuestas a esa invocación misteriosa, que no pueden entender porque son objetos del lenguaje en ese momento simplemente. Como intentos de respuesta al misterio de la sexuación las identificaciones implican -también- un intento de desconocer la castración.

En relación con esto las estructuras clínicas, más allá de las descripciones fenoménicas y las categorías o catálogos psicopatológicos, son hechos de discurso; es decir modos de relación con el Otro con mayúscula, modos de relación con el lenguaje y lo que eso implica o impone, posiciones subjetivas, modos de relación con el saber inconciente que esos llamados vehiculizan, lo que nos impone ignorancia.

La perversión como tal es una estrategia, una forma de respuesta del hablante, del parlêtre -como dice Lacan- que se ve afectado por su inclusión en ese orden de relaciones lenguajero que le impone la castración. Esto es: el misterio del falo, algo que nunca termina de entender. Y esto, en tanto el falo hace fase, es para las dos posiciones sexuadas. El misterio es al mismo tiempo lo que le falta al Otro y la pregunta por el deseo materno.

La estrategia perversa apunta a desmentir la ignorancia que el ingresar en ese orden provoca, la grieta de la relación sexual que no hay, va a decir Lacan; desmentirla con una reafirmación por parte del Yo del perverso como detentador de un fantasma preconciente, es decir de un escenario imaginado de alcanzar una

satisfacción gozosa a través de un saber y poder sobre un objeto inanimado reducido a la abyección o amarrado por un contrato.

Si tiene que desmentir es porque sabe de la castración, pero no se trata - como en la neurosis- de querer alcanzar un saber para acceder al goce (un saber que se le supone al otro siempre) sino de desmentir lo que no puede saberse sobre el sexo. Para eso tiene que manejar hábilmente el ambiente, el semblante, a través de un montaje escénico que enmascare lo real, es decir que impida que nada de lo real se filtre en ese montaje. De ahí el cuidado por el detalle, la adaptación a la realidad, lo reiterativo de los escenarios.

El perverso es un personaje que enseña en tanto sabe. Enseña, predica, persuade. Las figuras son: el juez, el maestro, el sacerdote, el político, el médico. Su empeño es hacer saber lo que no puede saberse, vive para el goce, predica su evangelio, ostenta su dominio... como características del personaje. De allí lo difícil de la relación de estos personajes con el análisis, es muy complicada su entrada en la transferencia ya que el sujeto supuesto saber está instalado en el Yo del perverso y desde allí nada puede esperar de la palabra del Otro, es decir del devenir asociativo. Hay como un desencuentro estructural entre la voluntad de goce -lo que mencionaba recién Leonardo Peskin como la forma que toma el deseo en la perversión- y el deseo del analista. Esto hace que el lazo con el análisis sea siempre precario y en extremo contradictorio con el lugar del analista ya que dificulta mucho la abstinencia necesaria, promoviendo por un lado la pasividad que se torna en complacencia y seducción induciendo curiosidad o fascinación, como parte de la demanda a participar que el perverso siempre le dirige al otro, demanda de participar en la escena, tendiente a incluirlo, capturarlo ofreciéndose él a calmar esa curiosidad, esa necesidad de saber acerca del goce que el neurótico siempre tiene.

Por el contrario, la otra posición puede promover en el analista impugnación, rechazo; lo cual es tomado como un reto, es lo que está esperando el perverso para desafiar, con lo cual refuerza su postura.

Si en el primer caso -al producir fascinación y curiosidad- neurotiza, divide al analista, entonces el analista pasa a ser el dividido como el semblante del sujeto histérico, eso puede ser tomado como un indicador diagnóstico de

estructura perversa; si el analista se encuentra demasiado interrogado acerca de algo, confundido y demás... es una forma de detectar eso.

Otro de los casos del Congreso de Berlín era el de un paciente que para satisfacerse tenía que involucrarse en una cosa de goma terrible y era una práctica solitaria -por supuesto- y ese muchacho decidió casarse y se le armó entonces un lío enorme en su vida...

Ahora, lo interesante era el esfuerzo desesperado que hacían los analistas, en los dos casos, como para: ni verse fascinados por el asunto y quedar complicados, ni rechazar. Pero entonces la operación analítica estaba casi imposibilitada.

Esta necesidad del partenaire, de dividirse como efecto de la manipulación perversa, no implica ninguna complementariedad del estilo que tiende a imaginarizarse en el sadomasoquismo. Requiere, al contrario, la violentación del otro o de su cuerpo para acceder al goce del cuerpo propio. Hay -por eso- desconsideración, hay como un muestrario de plenitud por parte del perverso en el intento de dominio y abuso del otro, más allá de su consentimiento que nunca está en juego. Importa, por el contrario, someterlo a una ley categórica y apática, ordenada por el goce como bien supremo. La apatía -esto viene de la ley kantiana- implica el no tener en cuenta los sentimientos, queda desdeñada la ternura. La convergencia o el consentimiento del partenaire puede incluso eliminar la satisfacción. A veces son estos partenaires y su sufrimiento lo que vemos en el análisis, lo que nos llega como paciente.

Los adolescentes que yo he visto en relación con la problemática de la perversión, son más bien del terreno de la vacilación de la posición sexuada durante la adolescencia. Esto es muy distinto en los varones y en las mujeres, distintos los argumentos. En los varones la problemática es en relación a la castración del otro, la castración de la madre, el argumento es más del estilo del fetichismo, lo que desmiente eso, ellos tienden a encarnar el personaje de la madre fálica de alguna manera identificatoriamente como aquello que la completa, todas las variantes del travestismo. La vertiente femenina es distinta, ahí es difícil poder decir si hay estructura perversa, si el paradigma de perversión es el fetichismo, si el paradigma es el sadismo... y en todo caso es más la

cuestión de hacer el hombre para una mujer; la idea de esto es que si elige una mujer es heterosexual sea lo que sea.

El análisis progresa en estos casos de vacilación de la posición sexuada si hay o se puede promover conflicto, esto es división neurótica. Hay entonces rechazo del goce, que sólo se presenta a través de actuaciones -el acting- que son o culposas, es decir que apuntan más al remordimiento y el auto reproche posterior que al goce presente, o cuando aparecen como desafíos a barreras del pudor, del asco, de la vergüenza... que son lo que se da en llamar la función civilizadora de la pulsión, la cuestión del "¿Y por qué no?", que civiliza en tanto cuestiona modalidades discursivamente establecidas e impuestas e implica la posibilidad de una dialectización en que el sujeto pueda encontrar su propia y singular modalidad de goce.

Cuando transcurre de esta manera, la dimensión libidinal, el establecimiento de lazos amorosos, su conflictiva y el sufrimiento que ocasionan, ocupan la transferencia y la escena del mundo. La búsqueda de entablar y sostener lazos sentimentales se convierte en inquietud central para los sujetos. El amor implica dar lo que no se tiene, esto es: dar lo que se tiene sería la caridad, la caritas es una forma de lazo; pero el amor implica dar la falta, esto es la castración, la carencia en el goce, mostrar la falta y ofrecerla al otro. De allí la dependencia que implica y todos los resquemores que esa dependencia suscita. El dar la falta en el amor implica la expectativa de obtener un reconocimiento recíproco de la castración, para poder atravesarla. El amor aquí es lo que hace que el goce condescienda al deseo, esto es, que ceda la falta. De allí la contradicción entre el amor y la perversión, en tanto el perverso con su saber absolutamente estructurado a lo que apunta es a desmentir la falta; entonces esto queda obstruido en la perversión, tanto en la transferencia como en los lazos sociales cuando lo que prevalece es el rasgo de degradación de la vida amorosa y la necesidad compulsiva de reducción al otro a la abyección, como rasgo diferencial en la modalidad perversa de la homosexualidad, proclive a los contactos fugaces y anónimos. Distinto de la homosexualidad como modo de elección de un objeto de amor.

En la perversión el amor se confunde con erotismo y con pericia acerca del cuerpo, por eso lo de: "¿Pero cómo?". "Y... me subí a un banquito". Es un saber técnico.

La segunda pregunta es interesante porque es esto de cómo cuando se quiere enunciar, en estas cosas -más allá de qué es la perversión- cuando uno quiere enunciar, está implicado en la temática.

Entonces cuando se dice: "¿Cómo dar cuenta de la sexualidad planteada en los bordes de la legalidad y transitando entre lo legal y lo ilegal?", aquí aparece toda la cuestión de qué es lo que uno considera legal, ¿cuál es la legalidad en juego?, ¿la legalidad que fija quién?, y está toda la cuestión del desafío. Cuando se dice:

A través de la subversión sexual los adolescentes se dirigen a poner patas para arriba la legalidad sexual parental, reemplazándola por la promiscuidad corporal que convive con la inhibición emocional.

Aquí hay toda una serie de concepciones, en principio por el uso de los términos en cuestión. La cuestión del desafío es absolutamente así, es como un paso necesario en la adolescencia esto de desafiar los cánones de la sexualidad parental. Pero no sé si por el lado de la promiscuidad, por ejemplo si ustedes vieron la última película de los hermanos Cohen: "Quémese después de leerse", entre los muchos disparates que aparecen, cuando el que tiene la tarea de informar va a decirle al tipo de la CIA... "¿Qué aparece?". "Y... aparece que todos cogen con todos". Entonces el tipo dice: "No quiero ni saber, ni me diga"; modalidad obsesiva, si fuera una vertiente histérica sería lo único interesante, le diría: "Cuente, cuente"... pero el tipo no quiere saber.

Pero la idea es como que en la escena del mundo que ellos describen aparecen como todos contra todos y todo promiscuo. Entonces, en este mundo actual, los hijos en relación a ese orden podrían reaccionar de manera opuesta, en el sentido que son esos chicos que viven de novios, siempre tienen pareja estable y pueden hacer vínculos estables incluso como modalidades de defensa ante el goce.

Lo de público y privado también parece relacionado con desafiar, con necesitar mostrar y mostrarse a otros como sexuados, ser reconocidos, admirados por eso a la vez que escandalizar un poco.

Cuando se construyen lazos de intimidad donde el compartir la falta hace posible eso que Lacan cita como el acceso al goce por la vía invertida del deseo, cede la mostración pública; en general eso es como un momento, más allá de pautas culturales.

La inhibición emocional que se menciona está en relación con lo que dijimos como poner en juego la falta en lazos libidinales, lo que permite elaborar la castración, tolerar la dependencia al otro para la escena del goce. El análisis tiende a favorecer esto, pero por lo mismo hay que cuidarse de promover la experiencia emocional como un ideal, en el estilo de: "tiene que haber sentimientos".

Esto nos lleva a la tercera pregunta que dice: "La perversión en la adolescencia, ¿se refiere sólo al sadomasoquismo o incluye lo *queer*?"; *queer* en inglés es: raro, extraño, bizarro, ajeno... no tiene una traducción precisa pero es algo rarísimo y que seguramente: "no tiene nada que ver conmigo".

¿Por qué tiene que ver con lo *queer* la cuestión de los ideales?, que es justamente lo que interesa plantear. La "*queer theory*", la teoría de lo *queer* es como una heredera de los estudios sobre gays y lesbianas de los años ´80, que a su vez eran herederos de la cultura feminista de los años ´70, que a su vez derivaba de toda la noción polimorfo perversa de la sexualidad infantil del psicoanálisis. Todos estos estudios han tenido siempre relaciones conflictivas con el análisis, algunos a favor, algunos en contra. La teoría *queer* se desarrolla en relación a los estudios de Foucault sobre la antigüedad clásica e intenta dar cuenta de los múltiples fenómenos y experiencias subjetivas en las cuales se pone en juego modalidades de goce variadas y cuantiosas, que escapan a la normatividad social impuesta y dominante bautizada como: "hetero-normatividad". Norma social que se presenta como la columna vertebral de las sociedades democráticas, no es necesario que la sancione un orden jurídico, remite a la ideología y los prejuicios de los hombres blancos, adultos, de clase media, definidos en su orientación sexual hacia las mujeres, monogámicos,

centrados en la pareja heterosexual como paradigma de la relación amorosa y en los valores del matrimonio y la familia. La heteronormatividad así definida es una ideología que configura los seres a los que se dirige clasificándolos, encasillándolos y haciéndolos sentir extraños a sí mismos -esto es lo de *queer*- cuando no se ajustan al sistema regulador. *Queer* -entonces- devenimos casi todos, esto es: las mujeres que no se asumen como complemento fálico del marido, las minorías raciales y culturales, todos aquellos cuyo modo de gozar es ajeno, distinto de lo esperado, y no es una versión estadística de la normalidad, porque la verdad es que mayoritariamente somos todos *queer* ya que la diversidad de lo discriminado hace que casi todos quedemos en esa categoría, de una u otra forma.

El lío de lo *queer*, como teoría, es su éxito, el éxito académico y político formidable que ha conseguido. Con lo cual no cambiaron los prejuicios, los prejuicios siguen estando igual que antes pero tienen que estar reprimidos en el sentido de que no es políticamente correcto ser discriminador de cualquiera de estas prácticas.

Entre los adolescentes la cuestión de agruparse en función de rasgos que los diferencien del conjunto -por ejemplo las tribus, urbanas o no- puede brindarles un sostén identificador como un paso para acceder a una modalidad propia del goce; este trabajo para acceder a una posición sexuada.

La cuestión de los discursos y lo que éstos imponen, y las formas en que se entrelazan con los vínculos, son interesantes y aparecen, se presentan, en forma teorías personales, por ejemplo las teorías sobre la alimentación; todos las tenemos, pero los adolescentes más, millones de teorías sobre la alimentación: lo que hay que comer, lo que no hay que comer, que hay que ser vegetariano, que no hay que ser vegetariano y demás... Estas teorías son bien toleradas y algunas tienen muy buena prensa, pero por ejemplo una chica puede explicar horas por qué es vegetariana y parece bárbaro, es una heroína; pero si dice que no toma alcohol -sea porque tiene fobia o ni siquiera sabe por qué- eso es cuestionado. Uno puede tener una teoría rarísima, pero si no sigue una pauta del grupo eso es cuestionado, crea incomodidad.

Lo *queer* y su relación con el goce suplementario, ese que Lacan va a definir como el goce inefable o femenino, el que no queda dentro de la pauta fálica y que no puede ingresar por eso en la articulación significativa y que es como el aporte central de Lacan a esta cuestión, se muestra hermosamente.

Si quieren para ver algo del fenómeno *queer* que no sea tan raro, en la película "*Las horas*" o en la novela de Michael Cunningham -también- que es como el guión de la película con una o dos variantes, tres mujeres cuyas vidas son interconectadas a través de la novela de Virginia Woolf *Mrs. Dalloway* (en las tres historias Nicole Kidman, Julianne Moore y Meryl Streep), todos los personajes sufren la presión de la normativa social y se trata de cómo salen de eso y el eje es la cuestión del goce femenino; o sea que habla del tiempo, las mujeres, el malestar.

El lazo entre las mujeres ahí, lo que no puede ser incluido en una normativa social, lo que se preserva como misterio, como objeto de un apetito incolmable, muestra no sólo lo *queer* y su padecer sino la vertiente trágica que encierra la dificultad para alojar eso que es inconmensurable con el orden normativo.

Todo esto para decir que en todos estos fenómenos extraños que pueden aparecer como sexualidad adolescente, el problema de los analistas -en general- es la cuestión de los ideales. Donde quedamos sujetos a querer orientar en función de algún ideal, no analizamos. Es la dificultad mayor que tenemos para sostener la abstinencia, única vía de acceder a alguna novedad del inconciente.

Descriptores: perversión, acting out, adolescencia, queer.

Resumen

¿Qué entendemos por perversión, no sólo en la adolescencia, sino como estructura? Las estructuras clínicas son hechos de discurso, lo cual implica una posición subjetiva, un modo de relación con el saber inconsciente. La perversión

es una estrategia para tratar con la ignorancia que impone el orden del lenguaje: se trata de desmentir lo que no puede saberse sobre el sexo. La relación con el análisis es difícil porque el sujeto supuesto saber está en el Yo del perverso (y no en el analista), lugar desde donde dirige al analista una demanda a participar en la escena perversa. Los adolescentes, en relación a la perversión, están en el terreno de la vacilación de la posición sexuada. Cuando hay o se puede promover conflicto, esto es división neurótica. Hay rechazo del goce, que sólo se presenta a través de actuaciones culposas o desafiantes. Cuando en el análisis se produce una dialectización en la que el sujeto puede encontrar su propia modalidad de goce, la dimensión libidinal (establecimiento de vínculos amorosos) ocupa la transferencia y la escena del mundo. El amor aquí es lo que hace que el goce condesienda al deseo, que ceda la falta. De allí la contradicción entre el amor y la perversión, en tanto el perverso en su saber absolutamente estructurado apunta a desmentir la falta; tanto en la transferencia como en los lazos sociales, lo que prevalece es la degradación de la vida amorosa y la compulsión a reducir al otro a la abyección. Estos dos aspectos constituyen un rasgo diferencial en la modalidad perversa de la homosexualidad, proclive a los contactos fugaces y anónimos, distinto de la homosexualidad como elección de objeto de amor.